

NATURALEZA, PAISAJE Y MEMORIA. ALTURAS Y CIUDADES DEL REINO DE QUITO EN LA EXPERIENCIA VIAJERA DEL SIGLO XVIII*

Edgardo Pérez Morales

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Universidad de Michigan, Ann Arbor

RESUMEN

A mediados del siglo XVIII las alturas de los Andes del Reino de Quito, al igual que sus centros urbanos, fueron visitadas por viajeros naturalistas y misioneros. Este artículo explora cómo algunos de esos viajeros percibieron, construyeron y recordaron desde dos puntos de vista distintos la naturaleza y el paisaje. Tras exponer las categorías y enfoques empleados, el artículo explora dos tipos de percepción y memoria de la naturaleza: el sobrenatural y el naturalista. Finalmente, se analiza el paisaje urbano en cuya construcción escrita se combinaron las antiguas ideas del orden colonial con la perspectiva de la prosperidad terrenal, correlato del interés por las ciencias aplicadas que animaba la exploración de las alturas nevadas y de los volcanes.

PALABRAS CLAVE: siglo XVIII, Reino de Quito, memoria, relatos de viajeros, exploraciones, paisaje, naturaleza, ciudades, Ilustración.

SUMMARY

In the middle of the 18th Century, the Andean highlands of the Kingdom of Quito were visited by naturalists and missionaries in much the same way as the urban centers of the territory. This article explores how some of these travellers perceived, constructed and remembered landscape from two distinct points of view. After explaining the categories and methods used, the article explores two ways in which nature is perceived and recorded: naturalism and the supernatural. Finally, the article examines the urban landscape in whose written construction old ideas of the colonial order combined with the image of terrestrial prosperity as it was correlated to scientific interests which drove the exploration of highlands and volcanoes.

KEY WORDS: travel writing, Audience of Quito, memory, landscape, nature, colonial city, Enlightenment, 18th Century.

* Este artículo fue preparado inicialmente durante los cursos que tomé en el contexto del programa de Maestría en Estudios de la Cultura, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (2005-2006), bajo la orientación de los profesores Guillermo Bustos y Alicia

Partiendo de la idea de que la naturaleza y el paisaje son en parte creaciones simbólicas ancladas en diversas matrices culturales, y expresadas mediante distintas metáforas que a su vez constituyen bastiones de memoria, el presente artículo explora cómo durante la experiencia viajera del siglo XVIII hispanoamericano algunos misioneros y viajeros percibieron y construyeron desde dos puntos de vista distintos, el sobrenatural y el naturalista, sus versiones y visiones de la naturaleza y el paisaje. Tanto los evangelizadores cristianos como los viajeros orientados por el paradigma de las ciencias aplicadas generaron en sus experiencias *lugares de memoria* cuyos relatos son disímiles y que han circulado por distintas vías. Este estudio se basa en un acercamiento a los relatos y experiencias de algunos viajeros que recorrieron el Reino de Quito durante el siglo XVIII y que dejaron testimonios escritos de su paso por allí. En primer lugar, se presenta una exposición de las categorías y enfoques empleados para dar cuenta del problema tratado. En segundo lugar, se discute una distinción básica entre dos tipos de percepción y memoria de la naturaleza, que se diferenciaban por su proximidad o alejamiento al paradigma cientificista de conocimiento de la realidad que por entonces hacía su aparición en el Reino de Quito. Finalmente, este estudio presenta el caso paradigmático del paisaje urbano como una construcción imaginaria fundamentada en las antiguas ideas del orden colonial como también en la perspectiva de la prosperidad terrenal, que florecía en aquel siglo como el correlato del interés por las ciencias aplicadas.

NATURALEZA, PAISAJE, LUGAR DE MEMORIA

Aunque a veces es común el uso de nociones o conceptos que se entienden como “puros” o unidimensionales –naturaleza, cultura, economía–, el geógrafo Milton Santos ha señalado con certeza que algunas de estas palabras no son términos explicativos en sí mismos y de forma aislada. Tal es el caso de las nociones naturaleza y sociedad. Los avances de la historia medioambiental o de la geografía histórica han evidenciado que esas nociones no deben rotularse simplemente como objeto y sujeto sino que requieren “una explicación conjunta”, pues de esa manera operan en el tiempo y el espacio. De ahí precisamente que pueda proponerse que el paisaje es “un conjunto de formas

Ortega, a quienes agradezco por su ayuda. Una primera versión de este trabajo fue presentada como ponencia en el Simposio Historia y Memoria del “Congreso Ecuatoriano de Historia 2006” (Ibarra, julio 12-14 de 2006). Agradezco los comentarios de los asistentes al Simposio al igual que la ayuda de mi colega Juan David Montoya Guzmán, quien me hizo sugerencias de ampliación y corrección del artículo.

que, en un momento dado, expresa las herencias que representan las sucesivas relaciones localizadas entre hombre y naturaleza". Es, en más estricto sentido, el conjunto de esas formas que puede abarcarse con la visión, es decir, una parte de cierta "configuración territorial" que se construye como conjunto con la acción de la mirada. A diferencia del espacio que siempre es presente, horizontal, el paisaje es presente y pasado, transversal.¹

También existen estudios que han señalado las diversas acepciones que la palabra naturaleza ha adoptado. Raymond Williams ha distinguido tres campos semánticos fundamentales: la cualidad básica o esencial de algo; la fuerza inherente que dirige al mundo y a los seres humanos; o el mundo tangible que se erige sobre la tierra, incluyendo o no a los seres humanos. Ahora bien, durante el siglo XVIII se configuró de manera especial la tercera acepción, con un especial énfasis en el contraste entre los caracteres propios del entorno natural y aquello que el hombre había hecho de sí mismo a través de la historia para distanciarse de esos caracteres, bien fuera luchando contra el entorno o haciendo uso de sus elementos. Fue así como algunos exponentes de la Ilustración y el Romanticismo crearon sus ideas de un estado de sociedad en el que la corrupción y lo artificial o mecánico debían cambiar, desaparecer y permitir el regreso a un supuesto estado prístino en las relaciones del hombre con la naturaleza.² Ahora bien, la idea de naturaleza presente en la literatura de viajes del siglo XVIII hispanoamericano muestra con claridad un vínculo con esta última acepción, pero aparece signada particularmente por la concepción de la naturaleza como la obra indiscutible de Dios. Dicha concepción, a su vez, estaba matizada por dos elementos que fueron fundamentales a la hora percibir, describir o intentar transformar la naturaleza: por un lado, el mundo natural es una obra en la que divinidad y maldad han dejado sus mensajes ocultos o manifiestos por lo cual es un receptáculo de fuerzas espirituales que a menudo intimidan y requieren ser aplacadas; por otro lado, la naturaleza es una obra que contiene en sí grandes regalos de la Providencia que el hombre debe identificar sin miedos y a través del conocimiento directo y racional, generalmente con miras a su explotación técnica como parte del avance de la humanidad hacia la felicidad y la prosperidad terrenal. Ambas versiones están presentes en los testimonios de los viajeros del siglo XVIII. La una en los frailes y sacerdotes misioneros que recorrían alturas, valles, selvas y aun desiertos en busca de rebaños humanos para cristianizar; y la otra en los ilustrados y naturalistas, hombres que intentaban desentrañar los secretos de la naturaleza, encontrar

1. Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, Barcelona, Ariel, 2000, pp. 84-86.

2. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.

nuevos frutos y animales para dar a conocerlos al mundo y a las comunidades de saber a las que ellos pertenecían, o diseñar nuevas estrategias de explotación de los recursos o de comunicación entre ciudades y regiones.

El paisaje relaciona, como se dijo, pasado y presente, y para ello fue fundamental en el siglo XVIII hacer uso de las mencionadas nociones de naturaleza. El paisaje es, en efecto, el resultado de las fuerzas del medio ambiente y las labores humanas en su interacción a través del tiempo, y su conjugación con la experiencia y las nociones de quien percibe el entorno en un presente específico. Ahora bien, la palabra paisaje en el contexto europeo, antes del siglo XVII, tenía connotaciones económicas y políticas para definir espacios muy amplios, pero a partir de tal siglo adquirió una nueva significación dentro del mundo de los pintores holandeses y alemanes. Para ellos, paisaje hacía referencia al espacio físico abarcado únicamente por la mirada, y si bien fueron ellos los primeros en llevar tal noción a la pintura, también es cierto que durante el Renacimiento italiano la palabra paisaje ya había sido usada para indicar “la belleza del mundo exterior que puede ser capturada en la pintura o en la poesía (...)”.³ Por otro lado, en los estudios geográficos e históricos contemporáneos, la noción ha servido como una categoría analítica cuyo potencial inicial pretendía superar la corriente explicativa del determinismo ambiental, pues mientras esta perspectiva “intentaba especificar las influencias causales del ambiente en los seres humanos, el enfoque del paisaje intentaba describir las interrelaciones entre los seres humanos y el entorno, con especial atención sobre el impacto humano en el medio ambiente”.⁴

Las obras más recientes al respecto se han concentrado en el estudio de aspectos inmateriales como creencias, actitudes, expectativas, la memoria, las “tradiciones inventadas” y su política, y la influencia de dichos aspectos tanto en la forma en que se modelan los espacios físicos como en la manera en que se los concibe e interpreta.⁵ Así, la investigación geográfica e histórica ha llegado a un punto en el cual se propone con certeza que los paisajes, en su dimensión simbólica, son “cultura antes que naturaleza; construcciones de la imaginación proyectados en la selva, el agua y la roca”. Construcciones com-

3. Denis E. Cosgrove, *Social Formation and Symbolic Landscape*, Madison and London, The University of Wisconsin Press, 1998, p. 69; Georges Duby, “Algunas notas para un historia de la sensibilidad al paisaje”, en *Obras selectas de Georges Duby*, presentación y compilación de Beatriz Rojas, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 449-453.

4. James Duncan, “Paisaje”, en R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith, eds., *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid, Akal, 2000, pp. 425-426.

5. *Ídem*; Denis Cosgrove, “Paisaje cultural”, en *ídem*, pp. 426-428; Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988.

puestas por culturas compartidas y mitos, memorias, obsesiones y ritualidades. El historiador Simon Schama, quien ha trabajado con gran alcance y rigor al respecto, propone que esas construcciones culturales de la imaginación son proyectadas en los componentes del entorno a manera de metáforas que tienen la capacidad de rebasar sus referentes físicos y sobrevivir por largo tiempo en la memoria. Es decir, la naturaleza y el paisaje, de manera diferente según lugares y períodos específicos de la historia, hacen parte de la experiencia de la memoria, lo cual resulta particularmente evidente en “momentos de reconocimiento” de diversa índole vinculados especialmente con tradiciones pero que también pueden vincularse con perspectivas nacientes o recientemente difundidas que miran especialmente al futuro, como es el caso de los viajeros naturalistas de la época de la Ilustración.⁶

Aunque para efectos del análisis la dimensión simbólica de los paisajes puede estudiarse haciendo a un lado los aspectos tangibles de los mismos y de los espacios naturales en los cuales se ubican, las ideas de paisaje siempre remiten al mundo tangible y existen precisamente en diálogo con éste, aunque puedan cobrar vida propia. Cualquier narración histórica, de hecho, está vinculada con el entorno geocológico pues es imposible desligar al hombre de su cadena existencial sobre la Tierra. Ahora bien, la dimensión material no siempre debe estar presente “porque muchas de nuestras interacciones con el medio comienzan en nuestro cerebro, y, al igual que la geometría de las civilizaciones, son imaginadas o inventadas antes de que ocurran en el exterior”.⁷

De esta forma, es posible afirmar que la memoria, como praxis social colectiva que conserva postulados metafóricos sobre los orígenes o el estatus básico de ciertos paisajes o elementos y fenómenos de la naturaleza, constituye un marco social en el que se ubican las memorias individuales. Los contenidos culturales de esta realidad son generacionalmente transmitidos y compartidos, y a menudo “institucionalizados” en narrativas oficiales, espontáneas o vernáculas que pueden ser orales o escritas.⁸ Por ejemplo, la idea de que la naturaleza es obra de Dios para usufructo del hombre pasó oralmente de generación en generación y obviamente a través de la prédica sacerdotal católica, mientras que una idea como la concepción utilitaria del “monte” desde el punto de vista de la racionalidad ilustrada se generó a raíz de una nueva representación de la naturaleza que se configuró en el Nuevo

6. Simon Schama, *Landscape and Memory*, New York, Vintage Books, 1996, pp. 3-19; *Auge y caída del Imperio Británico. 1776-2000*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 13-131.

7. Felipe Fernández-Armesto, *Civilizaciones. La lucha del hombre por controlar la naturaleza*, Madrid, Taurus, 2002, p. 29.

8. Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI/Social Science Research Council, 2002, pp. 33-34.

Mundo y tuvo la influencia de pensadores europeos. Los relatos de viajes también sirvieron para plasmar y difundir percepciones de la naturaleza y descripciones de paisajes. En efecto, la circulación de los textos de viajeros generalmente fue intensa entre ellos mismos, quienes se apropiaban de testimonios pasados, bien para refutarlos, bien para validarlos, como sucedió por ejemplo en el caso de las ideas y testimonios sobre los glaciares y las nieves perpetuas de las alturas del Reino de Quito.⁹

¿Cabe entonces para el enfoque aquí propuesto hablar específicamente de un paisaje percibido-construido, o de una manifestación precisa de la naturaleza como un *lugar de memoria*? Tal vez esto sea posible haciendo uso de los hallazgos y propuestas que surgieron del creciente y vibrante interés por el tema de la memoria en las décadas de 1970 y 1980. En aquella época se originó en Francia una obra colectiva bajo el título *Los lugares de la memoria* y con la dirección de Pierre Nora que abordó la historia de Francia elaborando una tipología simbólica desde la noción *lugar de memoria*. Noción que no permaneció incólume en el desarrollo de esa extensa empresa académica, sino que evolucionó desde una forma de categorizar la conexión entre emplazamientos físicos y otros campos como el museográfico, el conmemorativo y el de los emblemas, a una categoría más amplia que debería dar cuenta de “cualquier entidad significativa, bien sea material o inmaterial en su naturaleza, que por la fuerza de la voluntad humana o el trabajo del tiempo se ha convertido en un elemento simbólico de la herencia memorial de cualquier comunidad”. Es decir, no solo un lugar constituye *lugar de memoria*, sino también una idea, un mito o una persona, y sobre todo las relaciones entre éstos. La voluntad de recordar genera sentidos materiales, simbólicos y funcionales que permiten a esos *lugares de memoria* existir al margen de ser referente de algo más, es decir, ser sus propios referentes.¹⁰ Estos avances intelectuales y herramientas de análisis invitan a que con cierto rigor pueda hablarse de naturaleza y paisajes como *lugares de memoria* en la experiencia viajera y la sociedad del siglo XVIII, un ejercicio que intentaré en las siguientes páginas.

9. Bernard Francou, “Andes del Ecuador: los glaciares en la época de los viajeros (siglos XVIII a XX)”, en Jean-Paul Deler y Évelyne Mesclier, edits., *Los Andes y el reto del espacio mundo. Homenaje a Olivier Dollfus*, Lima, Instituto de Estudios Andinos/Instituto Francés de Estudios Andinos/Embajada de Francia, 2004, pp. 137-152.

10. Pierre Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of memory*” (Preface to the English-language edition), en Pierre Nora, dir., *Realms of Memory. Rethinking the French Past*, vol. I: *Conflicts and Divisions*, New York, Columbia University Press, 1996, pp. xvi-xvii; “General Introduction: Between Memory and History”, en *ídem*, pp. 6, 14 y 19.

LA PERCEPCIÓN DE LAS ALTURAS NEVADAS: MEMORIA NATURALISTA Y MEMORIA SOBRENATURAL

Los viajeros científicos o naturalistas que visitaron el Reino de Quito durante el siglo XVIII prestaron especial atención a la los glaciares y las alturas nevadas de aquella porción de los Andes. Sus ideas y categorías sobre esos espacios circularon entre ellos de manera escrita. En esa experiencia viajera planeada racionalmente, en efecto, una parte obligada era la escritura. Viajar tenía por objetivo aprender a través de la observación directa para contribuir al conocimiento científico, criticar la realidad y dar los primeros trazos de las rutas para reformarla,¹¹ de manera que los viajeros de tendencias ilustradas imaginaron a su modo diferentes espacios como por ejemplo los caminos, los montes, las alturas nevadas, los desiertos o los espacios urbanos, y en consecuencia escribieron profusamente sobre los mismos. En esa percepción, tuvieron prelación estrategias de análisis como la medición y la clasificación, y se usaron nociones como utilidad, beneficio, orden, civilidad, barbarie y prosperidad. En aquellos escritos que dejaron los viajeros, se generaron tanto descripciones y valoraciones de la realidad concreta, en términos negativos y positivos, como descripciones de lo que ciertos espacios deberían ser y cómo esto podría lograrse, es decir caracterizaciones ideales.

Dentro de esta experiencia “las enormes masas de nieve tan antiguas como el mundo”, tal como las describió Charles Marie de la Condamine en 1751, se convirtieron en un *lugar de memoria* obligado con un sentido material vinculado, por un lado, al inventario de la naturaleza como totalidad, y por otro, a la pretensión científica de conocimiento explicativo de una realidad concreta inserta en el paisaje de manera clara, pues en el Reino de Quito, más que en ningún otro lado de los Andes, los glaciares están sumamente cerca de los pobladores humanos.¹² La Condamine hacía parte de la Misión Geodésica que había patrocinado el rey de Francia Luis XV y que tenía por objeto determinar la magnitud de un grado de longitud en la línea ecuatorial de la Tierra

11. Gaspar Gómez de la Serna, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1974, pp. 71-99; Renán Silva, “La crítica ilustrada de la realidad en las sociedades andinas”, en *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia cultural*, Medellín, La Carreta, 2005, pp. 15-45.

12. Este artículo se concentra particularmente en la percepción de las alturas nevadas, pues la “montaña” en general merece un estudio particular y, al parecer, es un “descubrimiento científico” posterior a las experiencias viajeras que se abordan aquí. Al respecto ver Pere Sunyer Martín, “Humboldt en los Andes de Ecuador. Ciencia y romanticismo en el descubrimiento científico de la montaña”, en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. IV, No. 58, en <http://www.ub.es/geocrit/nova4.htm>

para dar la puntada final a un debate que se había extendido desde el siglo XVII. Junto a esta expedición viajaron, también, representantes de la Corona española. Durante aquellos años, otros expedicionarios, muy pocos es cierto, se aventuraban por los Andes tratando de conocerlos de primera mano y realizar experimentos y mediciones sobre el terreno. Ellos fueron los antecesores de una generación ilustrada más madura y amplia que a fines de la centuria se dedicó al conocimiento del mundo natural.¹³ La exploración de las alturas nevadas y de los volcanes fue parte importante de estas empresas cognoscitivas en tanto que allí se pretendía encontrar material empírico de importancia para esclarecer el debate sobre la formación y la edad de la Tierra, procesos sobre los cuales la hipótesis “plutonsita” sostenía que “el vulcanismo no era únicamente un fenómeno local sino que, precisamente, las fuerzas internas del planeta eran capaces de generar también cadenas de montañas”.¹⁴ A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, particularmente en la perspectiva de Alexander von Humboldt y del neogranadino Francisco José de Caldas, recorrer las alturas fue, además, un paso importante para conocer las variaciones climáticas y atmosféricas, su relación con la altitud, sus consecuencias sobre los aspectos del paisaje y, sobre todo, la distribución de los seres vivos.¹⁵

Es posible entonces afirmar que estos lugares fueron conocidos, estudiados y recordados dentro de una memoria naturalista o científicista que pretendía acumular conocimientos, y que se fiaba de la transmisión escrita del saber, pero también de referentes monumentales como inscripciones descriptivas e informativas dejadas en los lugares visitados y estudiados por los viajeros.¹⁶ Ahora bien, las categorías que se generaron en este proceso

13. Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Banco de la República/Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002.

14. Pere Sunyer Martín, “Humboldt en los Andes de Ecuador”, pp. 12-13.

15. “¿No sería Nuevo asignar a cada planta sus límites, y de un modo lacónico y exacto decir: *habita en la zona primera, habita desde la tercera hasta la quinta*, y así de las demás? Yo he proyectado unas *nivelaciones barométrico-botánicas* semejantes a las que el señor Barón de Humboldt ha construido con solo el objeto de dar idea de las diversas alturas del terreno. Lo divido en doce zonas, que no serán iguales en anchura, porque las superiores irían gradualmente aumentando su elevación, y coloco en cada una de las plantas que vegetan en ella. Si alguna crece en dos, tres o más, se pone en la inferior y en la última, y esto anuncia que prospera en las intermedias”, Francisco José de Caldas, “Memoria sobre el plan de un viaje proyectado de Quito a la América septentrional, presentada al célebre director de la Expedición Botánica de la Nueva Granada, don José Celestino Mutis, por F. J. de Caldas” [1802], en *Obras completas de Francisco José de Caldas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, p. 312. Énfasis en el original.

16. Sobre la epigrafía de la Misión Geodésica ver Julio Jorge Landívar Ugarte, “Epigrafía quiteña. Breves apuntes tomados de la obra en preparación *Epigrafía y herál-*

no fueron estáticas, en tanto que estos emplazamientos andinos, al ser comparados con sus similares de Europa, fueron en principio clasificados no como glaciares y solo como masas de nieves perpetuas, tanto por La Condamine como por Pierre Bouguer, otro miembro de la Misión Geodésica, y por Alexander von Humboldt, el afamado naturalista y explorador prusiano que visitó estos mismos lugares a inicios del siglo XIX. Así, en el siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX, las nevadas alturas andinas del Reino de Quito no constituían en la experiencia viajera científica y en las relaciones geográficas una realidad material vinculable con la categoría metafórica científica de glaciar, sino más bien con la idea más simple de lugar de nieves perpetuas, lo cual sería cuestionado en la segunda mitad del siglo XIX, a partir de los trabajos del geógrafo Moritz Wagner. Fue entonces cuando las alturas heladas del Cotopaxi, el Antisana, el Cayambe, el Chimborazo, el Altar o el Cotacachi se convirtieron en glaciares en la imaginación geográfica, con lo cual se generó un cambio conceptual en la memoria al respecto, representado no solo en los textos de viajeros y en las relaciones científicas, sino también en producciones pictóricas de varios acuarelistas.¹⁷

De hecho, las alturas del Reino de Quito habían sido el receptáculo de otras metáforas impuestas sobre ellas por la sociedad cristiana colonial desde hacía mucho tiempo. La visión europea de la conquista del Nuevo Mundo había engendrado la idea de que allí el diablo había habitado por siglos, y que era misión de los cristianos, bien fueran católicos ibéricos o puritanos ingleses, arrancarle su dominio sobre las personas, los animales, las plantas y el clima de América, para luego transformar la naturaleza en un fecundo jardín espiritual. En aquel jardín, en efecto, el cristianismo vio crecer flores espirituales como Santa Rosa de Lima (1586-1617), y en Quito, la azucena Santa Mariana de Jesús (1618-1645). Según el jesuita quiteño y hagiógrafo Jacinto Morán de Butrón, Mariana de Jesús era de tanto mérito como Rosa de Lima, y su existencia en el jardín espiritual de las Indias era de hecho el cumplimiento de un anuncio divino según el cual el Creador había preparado siete montañas de abundancia material y espiritual en donde florecerían tanto rosas como azucenas. Según el clérigo, quien publicó su hagiografía de Mariana de Jesús en Madrid en 1724, aquellas montañas eran los Andes y las mencionadas flores eran las santas del Nuevo Mundo.¹⁸

dica quiteñas, por Julio Jorge Landívar Ugarte. Quito MCMVIII”, siete extractos sin referencia del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Biblioteca Pública de Nueva York, New York, Humanidades, Microfilms, *Z-9882, #4, pp. 206-230.

17. Bernard Francou, “Andes del Ecuador...”, pp. 137-143.

18. Jorge Cañizares-Esguerra, *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic, 1550-1700*, Stanford, Stanford University Press, 2006, pp. 186-205. Ver, también, Teresa Gisbert, *El paraíso de los pájaros parlantes: la imagen del otro en la cultura andina*, La Paz, Plural

En el siglo XVIII la adopción y desarrollo local de los paradigmas y prácticas sociales y culturales de la Ilustración en el mundo hispanoamericano generó corrientes de información que viajaban de lugar en lugar, de Audiencia en Audiencia, y que difundían la voz de personajes que con nuevas ideas y extraños instrumentos se acercaban a la naturaleza. Las noticias sobre la Misión Geodésica circularon de esta forma, pero circuló aun mucho más la información de los viajes de Humboldt, quien siempre fue precedido por gente que entusiasmada había tenido noticia de su próxima llegada.¹⁹ No es extraño pues, como ya se ha dicho, que la información sobre las rutas y tareas de viajeros científicos y misioneros circulara entre ellos mismos. En su descripción sobre los volcanes preparada para el famoso diccionario razonado de ciencias, artes y artesanías, la *Enciclopedia* editada en Francia entre 1751 y 1772, precisamente, Paul Henri Thiry, barón de Holbach, recordaba que eran los viajeros de quienes se obtenía información sobre aquellas formaciones geográficas. Ahora bien, dicha información no era recibida ni asimilada de la misma forma en todos los casos. El mismo barón sostenía que muchos viajeros proporcionaban información errada, y de hecho durante el siglo XVIII se vivió un debate cognoscitivo acerca de la autoridad de los testimonios de los viajeros y de la importancia de los viajeros “filósofos” o ilustrados.²⁰ Para algunos viajeros era fundamental conservar la memoria científica en sus relatos, como en el caso de los naturalistas. Para otros viajeros, en cambio, esto no era crucial, pues su utillaje mental no estaba vinculado a la experiencia naturalista del entorno, sino a la experiencia mística o sobrenatural que caracterizaba el mundo preindustrial y el horizonte cultural del cristianismo. Tal era el caso de los viajeros misioneros.

Miguel de Santisteban, un naturalista nacido en Panamá y educado en Lima, viajó de la capital del virreinato del Perú hasta Caracas entre 1740 y 1741. En su recorrido escribió un diario de observaciones que finalizó en Caracas, desde donde partió para Europa para regresar casi diez años des-

Editores, Universidad Nuestra Señora de La Paz, 1999. Sobre la epigrafía de Mariana de Jesús ver Julio Jorge Landívar Ugarte, “Epigrafía Quiteña”, No. 3, p. 204.

19. Información básica sobre viajeros científicos puede consultarse en María Soledad Castro Ponce, “Las expediciones científicas a la Real Audiencia de Quito”, en María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, coords., *Ecuador-España. Historia y perspectiva. Estudios*, Quito, Embajada de España en el Ecuador/Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, 2001, pp. 78-83.

20. Paul Henri Thiry, Baron d’Holbach, “Volcans”, en *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, París, 1765, vol. 17, pp. 443-446; Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia*, Second American edition, Philadelphia, Printed for Mathew Carey, 1794, p. 74; Jorge Cañizares-Esguerra, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001, pp. 11-38.

pués por orden del Rey y de Cenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, el ministro más poderoso de la monarquía española desde 1743. Su regreso al Nuevo Reino de Granada lo hizo como parte del séquito del virrey José Alfonso Pizarro, de quien era amigo, junto con dos criados peninsulares y con encargos oficiales en calidad de juez de residencia del saliente virrey Sebastián de Eslava.²¹ Santisteban era un hombre pragmático de tendencia científicista y, de hecho, su viaje puede considerarse en parte como el viaje de un naturalista. Nacido en Panamá a fines del siglo XVII, había estudiado geometría, trigonometría, geografía y náutica en la Universidad de Lima en la década de 1730, y en 1749 logró ser académico registrado en la Real Academia de las Ciencias de París, según mencionó en su relación de méritos.²² En la década de 1750 consolidó su vocación naturalista como investigador sobre las quininas en la Audiencia de Quito, al servicio del virreinato, y luego se instaló en la ciudad de Santafé para desempeñarse como funcionario en diversas instancias. Santisteban había servido como militar en tierra y mar durante las dos primeras décadas del siglo XVIII, y por tanto, en su calidad de navegante, era consciente de la importancia y utilidad de diarios y bitácoras. Su diario fue pues una lección de su pasado militar al tiempo que una posibilidad en su viaje de naturalista.

En su diario, Santisteban hizo un registro detallado en el que, combinando fechas y toponimias, daba cuenta de sus correrías y observaciones. Sus esfuerzos no eran únicos. Sabía de los viajeros de la Misión Geodésica, y al describir el emplazamiento geográfico de la ciudad de Quito, para él resultó de vital importancia retomar los testimonios y experiencias previas de Bouguer y La Condamine, de quienes precisó no solo sus nombres sino que eran “sabios profesores de la Academia Real de las Ciencias de París”, lo cual le daba legitimidad a las observaciones retomadas al tiempo que lo insertaba en un ideal de relación con la naturaleza, a saber, el del conocimiento científico.²³ Más de cincuenta años después, en una publicación sobre la altura del cerro de Guadalupe en Santafé de Bogotá, Francisco José de Caldas retomaba las experiencias de La Condamine, Bouguer y Juan para dar validez a los métodos y resultados presentados.²⁴ Si bien La Condamine

21. Archivo General de Indias, Sevilla (AGI), “Contratación”, 5490, N. 1, R. 38; David J. Robinson, “Estudio preliminar”, en David J. Robinson, transcripción y estudio preliminar, *Mil leguas por América. De Lima a Caracas 1740-1741. Diario de viaje de don Miguel de Santisteban*, Bogotá, Banco de la República, 1992, p. 41. (El diario de Santisteban transcrito por Robinson se citará en adelante como MLA).

22. MLA, Apéndice III, p. 283.

23. *Ídem*, p. 110.

24. Francisco José de Caldas, “Observaciones sobre la verdadera altura del cerro de Guadalupe que domina esta ciudad (...)”, en *Correo curioso, erudito, económico y mer-*

era altamente apreciado por Santisteban y Cornelius de Pauw, utilizó sus testimonios y adoptó su visión negativa de los indígenas del Nuevo Mundo, Francisco Javier Clavijero, un jesuita mexicano en el exilio tras la expulsión de su comunidad religiosa en 1767, consideraba que era poca su autoridad en lo que tenía que ver con el mundo andino, pues el francés no estuvo suficiente tiempo allí ni aprendió a hablar quichua para obtener testimonios confiables de informantes indígenas. De hecho, para La Condamine no resultó tan fácil ganarse una audiencia tras su regreso a Francia. Al contrario de lo que pensaba Clavijero, el francés había invertido demasiado tiempo en su viaje en el Nuevo Mundo, una década, de manera que regresó a París ocho años después de que el debate sobre la forma de la Tierra se había resuelto y con la terrible credencial de que un miembro de la expedición había sido asesinado por una multitud enfurecida en la ciudad de Cuenca.²⁵ Por su parte, fray Juan de Santa Gertrudis, un misionero mallorquín que recorrió el mundo caribeño y andino de Cartagena a Lima entre 1755 y 1766, al escribir sus memorias de viaje se refirió casi con desprecio a las noticias que tuvo de una misión científica de franceses. Ni los nombres de los viajeros naturalistas, ni el detalle de su filiación institucional y mucho menos las mediciones concretas por ellos levantadas, fueron de su interés:

Está situado [el pueblo de Guayabamba (sic)] perpendicularmente bajo de la línea; pero su clima es templado y tira más a frío que a calor. Así lo señalaron unos años después unos franceses, que por orden de la corte fueron Andando desde Cartagena hasta Buenos Aires.²⁶

Así, la memoria de los viajes científicos circulaba, pero su valoración y uso variaban dependiendo de quien se refiriera a ella. Las alturas nevadas y glaciares, cuya relevancia se ha señalado y que entre los siglos XIV y XIX, época de una “pequeña era glacial”, estuvieron constantemente presentes y aun avanzando,²⁷ también constituyen dos niveles de realidad y memoria distintos en cada uno de estos viajeros. Santa Gertrudis, por ejemplo, anuncia en el tercer tomo de su obra que en el siguiente volumen comentará las

cantil de la ciudad de Santafé de Bogotá [1801], No. 23, martes 21 de julio de 1801, Bogotá, Colcultura/Biblioteca Nacional de Colombia, 1993, p. 112.

25. Jorge Cañizares-Esguerra, *How to Write the History of the New World...*, pp. 27-29 y 248.

26. Fray Juan de Santa Gertrudis OFM, *Maravillas de la naturaleza* [ca. 1775], tomo III, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1970, p. 249.

27. Pierre Usselman, “Memoria de los Andes, memoria de la naturaleza”, en Jean-Paul Deler y Évelyne Mesclier, eds., *Los Andes y el reto del espacio mundo. Homenaje a Olivier Dollfus*, p. 46.

alturas que ha visto cerca de Latacunga y que denomina “cerros nevados todo el año” a pesar de su ubicación ecuatorial. En efecto, en el cuarto tomo narra que:

A cosa de media legua llegamos a la pampa en que hay dos cerros cosa de un cuarto de legua apartados el uno del otro, que se llaman Cotopaxi y Cotocallá, los dos muy grandes y altos, y tienen la forma de un pan de azúcar, nevados siempre todo el año, y por encima de los dos perpendicularmente pasa la línea.²⁸

Su visión se completaba con una narración particular sobre su memoria del Cotopaxi como lugar de tragedia, pues fue dicho volcán

(...) el que el año de 1755, el año de los temblores del Perú, que el mar se tragó el Callao de Lima, éste fue el que reventó en agua, fue[go] y alquitrán, y de la primera avenida se llevó toda Latacunga, que era una ciudad muy poblada, y fueron pocos los que escaparon con vida.²⁹

Por otro lado, para el peninsular Dionisio de Alcedo y Herrera, quien se acercó con mucho pragmatismo a la geografía andina y colaboró con la Misión Geodésica en su calidad de Presidente de la Audiencia de Quito, las alturas nevadas volcánicas de aquella Audiencia no dejaban de merecer calificativos como “terrible”, mientras que años después Francisco José de Caldas los nombró “tiranos” de los moradores de sus inmediaciones, pero “objetos admirables” para un viajero ilustrado.³⁰ Por su parte, el barón de Holbach, quien reconocía la destrucción y miedo que podían causar los volcanes, consideraba que aquellas formaciones eran un favor de la naturaleza, pues por ellos se liberaban controladamente las fuerzas internas de la tierra, constituidas por agua, lava, fuego y rocas, que de no tener aquellas ventanas de salida podrían causar cataclismos mucho peores que una erup-

28. Fray Juan de Santa Gertrudis OFM, *Maravillas de la naturaleza*, tomo IV, p. 133.

29. *Ídem*. En el año 1742, mientras los viajeros científicos franceses La Condamine y Bouguer realizaban exploraciones y mediciones en las alturas del Pichincha, el Cotopaxi hizo erupción y generó un deshielo que afectó a Latacunga. Charles Marie de la Condamine, “Expedición al volcán Pichincha” [1742], en Manuel Espinosa Apolo, comp., con la colaboración de María Páez, *Quito según los extranjeros. La ciudad, su paisaje, gentes y costumbres observados por los visitantes extranjeros. Siglos XVI-XX*, Quito, Centro de Estudios Felipe Guamán Poma, 1996, pp. 49-50.

30. Dionisio de Alcedo y Herrera, “Descripción geográfica de la Real Audiencia de Quito”, en *Biblioteca Ecuatoriana Mínima. La Colonia y la República. Precursores*, Puebla, J. M. Cajica Jr. S.A., 1960, pp. 601 y 607; Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo. Mayo 1804”, en *Obras completas de Francisco José de Caldas*, p. 460.

ción volcánica.³¹ En cualquier caso, para los habitantes de la ciudad de Quito que podían leer, o aquellos que solo podían escuchar a quienes leían, las inscripciones talladas sobre piedra o pintadas sobre madera podían ser soporte del recuerdo de los cataclismos. El padre Basilio de Rivera, provincial de los agustinos de Quito, dejó constancia en lo alto de la iglesia de San Agustín, mediante un inscripción sobre piedra, de la erupción del Pichincha que ocurrió en octubre de 1660 y del terremoto que sacudió la ciudad en 1662.³²

En contraste con los naturalistas, y con una sensibilidad también distinta a la del agustino Rivera quien ordenó una inscripción bastante sobria, el misionero Santa Gertrudis relató su viaje a través de las *maravillas de la naturaleza* mostrando que ésta era bastante trágica y que las memorias que generaba tenían que ver con sucesos sobrenaturales o más bien con la dimensión mágico-espiritual del entorno, percepción propia del mundo preindustrial. Dimensión contra la cual, precisamente, se pronunciaron con fuerza los viajeros naturalistas. A Santa Gertrudis no le interesaba el problema de las nieves perpetuas; más espacio le dedicó en sus memorias de viaje al relato quiteño sobre la “serranía” en cuyas bases se asienta la ciudad, de la cual se sabía que “preguntado el demonio de un energúmeno cuál era el cerro más rico del mundo, respondió que Pichincha”. En efecto, narra el clérigo cómo el indio Cantuña, al precio de su alma, pactó con el demonio un aviso seguro de su muerte tres días antes de la misma y la información sobre un gran tesoro oculto en una cueva de las alturas del Pichincha, tesoro cuya ubicación Cantuña dejó por escrito tras su muerte y que a más de una persona quitó días y esfuerzos con pocos resultados. “Yo pienso que el diablo con la muerte de Cantuña a quien él había enseñado este tesoro, lo volvió a esconder, cerrando la boca de la cueva”.³³ La versión más común del episodio indica que el tesoro era la fortuna de uno de los últimos generales incas y que Cantuña, en su pacto con el demonio, buscaba obtener ayuda para completar su trabajo de construcción de la iglesia de San Francisco, tal como lo había contratado con los clérigos. La actitud de Santa Gertrudis difiere notablemente de la de La Condamine. Al primer viajero le interesó la memoria de un relato sobrenatural y de hecho contribuyó con el ejercicio de la escritura a la constatación y continuidad de dicho relato. Por su parte, al segundo viajero no le interesaron mucho los relatos misteriosos sobre el Pichincha, pues si bien en efecto tuvo extraña noticia sobre un mina de oro

31. Paul Henri Thiry, Baron d'Holbach, “Volcans”.

32. Julio Jorge Landívar Ugarte, “Epigrafía Quiteña”, No. 1, p. 19.

33. Fray Juan de Santa Gertrudis OFM, *Maravillas de la naturaleza*, tomo IV, pp. 254-255.

que un indio le había revelado a un clérigo, no le dio “buena cuenta” al relato concentrándose más bien en recorrer la montaña para observar el cráter del volcán, realizar mediciones y preparar un “plano del volcán y sus contornos”.³⁴

Igual actitud asumieron los delegados españoles en la expedición francesa de la cual hacía parte de La Condamine, interesados exclusivamente en cuestiones prácticas y comprobables, aunque escucharon también el relato de Cantuña:

En la jurisdicción del pueblo de Cayambe, perteneciente al corregimiento de Otavalo, hacia la parte del oriente de la hacienda llamada Guachala, distante de ella quasi dos dias de camino, entre los muchos cerros que forman allí la cordillera hay tradición de que se hayan otros minerales de mucha riqueza, que también se trabajaron en tiempo de la gentilidad. El cerro de Pichincha que hace espaldas a la ciudad de Quito, conserva fama de ser rico de oro, y no hay muchos años que un indio llamado Cantoya, sacaba metal de allí, según oímos referir; y en tiempo de la gentilidad, como aseguran las memorias que han quedado, se sacaba oro de sus faldas; pero al presente se ignoran los parajes de las vetas. No hay duda en que lo hay, porque estando allí nosotros subia [sic] frecuentemente a este cerro un portugués avecindado en la ciudad el cual se ocupaba en el ejercicio de ir a lavar a los arroyos que descienden de sus cumbres, con cuya diligencia sacaba algún polvo y pepitas aunque no en grande cantidad.³⁵

El relato de Santa Gertrudis es importante no solo porque incluye un elemento fundamental del paisaje quiteño, el Pichincha, que por entonces podía percibirse con misticismo y aun con temor, sino porque lo vincula con una narrativa que se convirtió en un elemento fundamental de la memoria no solo de un viajero misionero sino del pueblo ecuatoriano que ha transmitido el suceso de generación en generación a través del relato oral, vehículo fundamental de la memoria, como a través de la vía escrita. En efecto, muchos ecuatorianos conocen este relato desde su infancia pues no solo lo oyeron sino que lo leyeron en un texto escolar del gobierno diseñado para la educación primaria. Pero la memoria también se fía de referentes monumentales, y estos a menudo se entrecruzan con la información oral. En el lado sur de la iglesia de San Francisco, precisamente, hay una capilla cono-

34. Charles Marie de la Condamine, “Expedición al volcán Pichincha” [1742], pp. 42 y 46-49.

35. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de América, sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile* (...) [1826], edición facsimilar, tomo II, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1983, p. 554.

cida popularmente como la capilla de Cantuña, terminada al parecer en 1669. En esa capilla, en el altar de las llagas de San Francisco, quedó registrado en palabras pintadas sobre madera el nombre del devoto que encargó la construcción para que su familia y demás feligreses lo tuviesen presente en los años venideros: “Esta capilla mandó hacer Francisco. Cantuña y de sus erede.ros”.³⁶ El relato de Cantuña, en efecto, pervive en parte gracias a estos y otros referentes monumentales y epigráficos. El claustro de los franciscanos en la ciudad de Quito, cuyas obras principales parecen haber terminado a inicios del siglo XVII, según una inscripción que se haya en la entrada, está ubicado justo al lado de la iglesia y sirvió a muchos vecinos de la ciudad como lugar de último reposo, pues allí ubicaron sus tumbas y las lápidas de piedra que las identificaban y daban a conocer las familias a quienes esas sepulturas pertenecían.³⁷ En una de esas lápidas de piedra puede leerse: “Esta es la sepultura de Francisco Cantuña y sus herederos. Año 1669”.³⁸ Si bien el primer Cantuña parece haber vivido a mediados y hacia finales del siglo XVI, en la época de las primeras construcciones franciscanas, es posible que esta lápida en efecto haya cubierto por lo menos los cuerpos sin vida de Cantuña y de su hijo, y que la piedra haya sido tallada para un segundo entierro o relocalización de los restos tras una remodelación del claustro.

Los relatos de la memoria naturalista, por su parte, se han perpetuado principalmente a través de la vía escrita y han estado reducidos sobre todo al espacio académico e interpretativo de naturalistas, geógrafos y geólogos. De hecho, una copia manuscrita del diario de Santisteban que se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional de Francia, en París, le perteneció al naturalista Charles Marie de la Condamine.³⁹ De esta forma, resulta evidente que la conexión entre las ideas del paisaje, las percepciones de la naturaleza y las funciones de la memoria como praxis social, toman lugar en diversos contextos de interpretación y circulan por distintas vías a través del tiempo y el espacio. Los paisajes que concibieron los naturalistas y misioneros, con todo, no tenían como insumos primarios únicamente espacios naturales poco o en nada transformados por el hombre. Para ellos, en efecto, los espacios urbanos podían verse e imaginarse como paisaje, tal como lo analizaré a continuación.

36. Julio Jorge Landívar Ugarte, “Epigrafía Quiteña”, No. 1, p. 18.

37. “Acabose a 4 de octvbre. Año de 1605”, Inscripción sobre la columna que sostiene los dos arcos de acceso al vestíbulo. Julio Jorge Landívar Ugarte, “Epigrafía Quiteña”, No. 6, p. 25.

38. Claustro del Convento y Museo de San Francisco, Quito, Ecuador.

39. David J. Robinson, “Estudio preliminar”, en MLA, pp. 13-15; *ídem*, Apéndice I, pp. 267-269.

EL ESPACIO URBANO IMAGINADO COMO PAISAJE PRÓSPERO

Ángel Rama en su libro *La ciudad letrada* da cuenta de las ciudades del Nuevo Mundo como la encarnación del “sueño de un orden” que habitaba la mente de la sociedad occidental cientos de años antes del descubrimiento de América. La encarnación de ese sueño en medio de la violenta conquista de América permitió que aquellos que habían cruzado el Atlántico constituyeran una nueva realidad urbana, muy distinta de la que la Edad Media les había legado en sus lugares de origen, jalonada por una planificación previa y creciente, por el impulso colonizador y las exigencias de un proyecto general de dominio y de proyectos particulares de conquista y legitimidad. En ese contexto la razón ordenadora neoplatónica, las nuevas configuraciones sociales y la experiencia del dominio impulsaron el establecimiento de ciudades que en su forma geométrica y en su disposición espacial encarnaban la división jerárquica de la sociedad que las habitaba, ideas que estaban en la mente de los conquistadores o de los fundadores de villas y ciudades con anterioridad, pues el modelo de orden implicaba que éste quedase “estatuido antes de que la ciudad exista, para así impedir todo futuro *desorden*”. De ahí que Rama proponga que las ciudades americanas estuvieron desde sus inicios remitidas a una doble vida: la material y la simbólica; la primera concerniente a cuestiones físicas de construcción o destrucción, avances y retrocesos; y la segunda concerniente al orden de los signos, que es inalterable antes y después de la edificación y de los vaivenes materiales de las ciudades.⁴⁰

Esta doble dimensión de las ciudades es parte de un mismo proceso: el de imaginar la ciudad, concebirla como espacio de civilización y como espacio de legitimación de la conquista, y el de mantener dichas ideas a través de la acción física y concreta: la construcción, la protección militar, el establecimiento de normas de *policía*, el control de los flujos de grupos sociales y mercancías, y la satisfacción de las necesidades básicas de los pobladores urbanos. De esta manera, la doble realidad de la ciudad colonial estaba presente en un mismo juego o contrapunteo de intereses e ideales. En el siglo XVI, por ejemplo, las ciudades que fundaban los conquistadores y cuya existencia se relata en crónicas, cartas y relaciones, al contrario de lo que a veces estos escritos trataban de mostrar, no eran más que precarios y pasajeros asentamientos que tenía más aspecto de improvisado campamento militar y minero, pero que pretendían, con el trazado de una plaza, el repartimiento

40. Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arco, 1998, pp. 17-21 y 23.

de solares según las jerarquías y la fundación de una iglesia y un cabildo, cumplir con el ideal de la ciudad ordenada. Estos efímeros remedos de espacio urbano aparecieron y desaparecieron con igual facilidad en más de una ocasión.

El modelo ideal de ciudad pervivió bajo el modelo fracasado de las dos repúblicas (república de indios y república de españoles), y para el siglo XVIII seguía siendo un arduo proceso hacerlo coincidir con el espacio urbano concreto, es decir, estaba aun presente el desafío de generar un paisaje urbano adecuado en el cual la monumentalidad física fuera escenario de una vida social y política no menos monumental. Ni los sectores dominantes de la sociedad colonial en villas y ciudades ni mucho menos la monarquía renunciaron a este esfuerzo, ya que antes bien el asenso de la dinastía Borbón después del año 1700, y la difusión y apropiación de las ideas de la Ilustración hicieron que el modelo ideal de espacio urbano se dotara de nuevos contenidos, como por ejemplo el de la relación entre orden y prosperidad terrenal, el de la necesidad de promover la salubridad o el de hacer del espacio urbano un lugar de felicidad. Igualmente, se establecieron nuevas estrategias para alcanzar la realización de esas ideas, como la persecución judicial de ciertos pobladores del espacio urbano, el impulso de las reformas materiales y la vigilancia de los compromisos políticos de los miembros de los cabildos y las gobernaciones.⁴¹ De esa forma, los contrapunteos entre cultura ilustrada y monarquía absolutista llegaron hasta los centros urbanos del mundo colonial americano debido a que las ideas de un imperio renovado y de una sociedad racional, civilizada y próspera, fueron apropiadas y asimiladas por los núcleos que en los espacios urbanos constituían *la ciudad letrada*: funcionarios, eclesiásticos, profesores, estudiantes, escritores, hombres prósperos interesados en el conocimiento y, sobre todo, un nuevo grupo de intelectuales compuesto por gente de los anteriores grupos que por diversos medios desarrolló o se apropió de las ideas y las prácticas culturales ilustradas. De entre ellos, precisamente, surgieron algunos hombres que salieron de sus espacios urbanos de origen para reconocer el mundo más allá de sus *países*, reconocimiento en el cual, necesariamente, estuvieron los espacios urbanos. Es decir, la experiencia viajera de los ilustrados que recorrieron Hispanoamérica durante el siglo XVIII fue a la vez parte de la doble realidad de los espacios urbanos coloniales, debido a que los viajeros llevaron su modelo ideal de ciudad y lo utilizaron como rasero universal o piedra de toca esencial desde la cual debía ejecutarse la observa-

41. Edgardo Pérez Morales, “*La sombra de la muchedumbre*: vida urbana y reformismo borbónico en la ciudad de Antioquia”, en *Historia y Sociedad*, No. 10, 2004, pp. 183-199.

ción, descripción, crítica y proposición que debían quedar sentadas en sus notas, diarios, relaciones o memorias.

Los espacios urbanos tomaron lugar en las experiencias de los viajeros ilustrados como un paisaje concreto, pues constituían un entorno que relacionaba el pasado con el presente, mediante el ejercicio de su observación, y con el futuro, pues estuvieron presentes las creencias en la posibilidad del hombre de alcanzar la prosperidad y la felicidad terrenal por medio del trabajo, del conocimiento racional y del orden. De esta forma, Miguel de Santisteban, al llegar a Guayaquil, anotó en su diario la “utilidad” de los anchos corredores de las casas de madera, “tanto por la sombra que contribuyen como por la comodidad del paso en tiempo de aguas que hace el suelo pantanoso”. En efecto, la facilidad de circulación de las personas y el cuidado del cuerpo con respecto a los embates de la naturaleza como el sol y la lluvia fueron preocupaciones constantes en esta época, y para Santisteban también resultó muy útil que el trayecto de camino que conducía de la ciudad al arrabal estuviese poblado

(...) a uno y otro lado de casas, palmas de coco, y demás frutales de la tierra, y aquellas y estos sean muy elevados y coposos, forman con su verdor y sombra el paseo más agradable de la ciudad, contribuyendo para diversión del concurso y refrigerio del calor la aloja de los cocos (...).⁴²

Las grandes avenidas, los paseos y la reforma de los accesos a las ciudades hicieron parte fundamental de las reformas urbanas promovidas por la monarquía Borbón, y tanto en la península como en América fueron tema de preocupación o comentarios entre los viajeros ilustrados.⁴³ Por otro lado, en dichos paseos lo agradable y divertido hizo parte de la experiencia del espacio urbano en la descripción de Santisteban; es decir, la felicidad terrenal contaba como una medida de la ciudad, que en este caso coincidía con su ideal de la misma. Estas experiencias de felicidad terrenal estaban atravesadas fundamentalmente por la experiencia de los sentidos, lo cual fue una novedad introducida por la Ilustración y su privilegio de la experiencia directa del mundo, pues hasta ese entonces la Iglesia había combatido la experiencia de los sentidos y privilegiado su uso solo para la contemplación mística, tal como se concebía en la tradición judeocristiana, en la cual el raciocinio y los sentidos con los cuales está dotado el género humano tienen como último objetivo la contemplación de la obra divina: “Le dio ojos

42. MLA, p. 97.

43. Dolores Brandis, “El paisaje urbano madrileño en las obras de viajeros extranjeros”, en Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Viajeros y paisajes*, pp. 118-119.

para que viera la grandeza de sus obras, / Para que alabara su nombre santo y pregonara la grandeza de sus obras”.⁴⁴ En contraste con este precepto, el paisaje urbano, construido con la mirada, servía también para generar satisfacción como en el caso de la ría de Guayaquil con “las arboledas de sus márgenes, campañas, y caserías, como en el seno que forma en la ciudad”, la cual, de no ser por el “estío” y los mosquitos, haría que los habitantes de Guayaquil no tuvieran “que apetecer más delicias naturales para los ojos, ni otras comodidades para la vida”.⁴⁵ Diversas formaciones de la naturaleza ofrecían también para el viajero naturalista un agrado que pasaba por la mediación de la mirada. Así sucedió en un paraje en el valle del río Magdalena, en la Audiencia de Santafé, cuando Santisteban se dirigía a la ciudad de Honda, pues a su paso por allí escribió:

Esta espaciosa verde campaña representa a la vista un agradable objeto al descubrirse, porque sembrada toda de artificiosos nidos, que hacen una especie de hormigas que hay en ella, levantan sus fábricas desde la superficie a una estatura de seis y ocho pies, y del grueso de un hombre, sin que por la exterior fachada, que es lisa y del color pardo de la tierra, se perciba el interior mecanismo con que sucesivamente va creciendo y representando un ejercicio acampado, sino puesto en batalla.⁴⁶

Nótese que para este viajero, estas formaciones de factura animal no son solo de agrado a la vista, que no para todo observador podrían serlo, sino que además interesan como objeto de curiosidad de naturalista pues en su interior guarda el detalle conocible de un “mecanismo” de funcionamiento que hace parte del mundo natural. Igualmente, no todo observador estaría pendiente de tal detalle.

En lo que tiene que ver con el espacio urbano, es necesario, todavía, contrastar la ciudad que cumplía con el modelo de prosperidad terrenal con una villa que en realidad no suscitaba el ánimo del viajero, pues no coincidía con dicho modelo imaginado. Se trata de La Plata, que para nada mereció las descripciones que Santisteban hiciera meses atrás en Guayaquil. En

44. *Sagrada Biblia*, versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, vol. 1, duodécima edición, 1962, Eclesiástico, 17: 7-8, p. 733.

45. *MLA*, p. 99.

46. *Ídem*, p. 149. En su recorrido entre Tulcán y Pasto, un arroyo sobre las laderas del cañón del Guáitara le ofreció al viajero una posibilidad similar: “(...) sobre la ladera hay un paso que llaman de Chorrera porque se descuelga de mucha altura entre peñas un pequeño arroyo que con lo que salpica en ellas, hace agradable vista y delicioso entretenimiento al que sigue la máxima de apearse como yo en los malos pasos, porque haciéndolo así me detuve observando este natural juego de las aguas (...)”. *Ídem*, p. 120.

esta villa de la provincia de Neiva, Audiencia de Santafé, las casas tenían sus techos cubiertos de paja y estaban tan dispersas “que fuera de la plaza, donde está la iglesia parroquial que es de teja, no tiene tres calles que sean regulares”.⁴⁷ Es evidente el tono de rechazo a la ausencia de trazado urbano, y en estas condiciones las nociones de felicidad, alegría y gusto de los sentidos no tiene cabida en el diario del viajero, no son dignas de una memoria agradable ni de la descripción detallada, la cual si había ejercitado en la ciudad de Quito, por donde Santisteban había pasado y en donde había vuelto a ver sus tres hermanas después de muchos años. Allí estuvo casi un mes y las calles anchas, empedradas y “uniformemente divididas en cuadros, que facilitan la comunicación y el trato”, la suntuosidad de los templos y conventos, la plaza mayor en el centro como sede de las autoridades y las aguas cristalinas en su fuente, fueron objeto de su admiración.⁴⁸

En la plaza mayor de dicha ciudad estaba el acumulado simbólico y político de la sociedad, pues allí los cuatro costados albergaban la catedral, el palacio episcopal y la casa de la Audiencia, los tribunales y el Corregidor, edificios que según Santisteban daban “ornato” al emplazamiento. Sin duda alguna estos eran *lugares de memoria* que además constituían la “dimensión materialmente temporal” del paisaje urbano, ya que como monumentos, estos edificios expresaban tangiblemente la permanencia y la duración, generando una “ilusión monumental” que le hacía pensar al observador que dichos edificios lo habían preexistido y lo sobrevivirían.⁴⁹ Además, estas construcciones hacían parte del centenario proyecto de las élites quiteñas que buscaban anclar simbólicamente su posición social, que en la práctica se veía amenazada por una sociedad en general bastante inestable, jalónada por el auge y el declive de los obrajes.⁵⁰ En fin, la verdadera ciudad, la que encarnaba el modelo, era habitada y percibida por gentes viviendo en la historia y no haciendo historia; es decir que su relación con el pasado no era inquisitiva o investigativa sino ritual, simbólica y cíclica, precisamente porque estos lugares se relacionaban con otros similares y hacían parte de la dimensión identitaria de la sociedad local como parte importante del Imperio español.⁵¹ Esos espacios eran pues lugares de memoria e

47. *Ídem*, p. 144.

48. *Ídem*, pp. 109-112.

49. Marc Augé, “El lugar antropológico”, en *Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 64-66.

50. Rosemarie Terán Najas, “La ciudad colonial y sus símbolos: una aproximación a la historia de Quito en el siglo XVII”, en Eduardo Kingman Garcés, comp., *Ciudades de los Andes. Visión histórica y contemporánea*, Quito, CIUDAD/Instituto de Estudios Andinos, 1992, pp. 153-171.

51. Sobre el pasado como una dimensión percibida cultural e históricamente puede

identidad que hacían parte fundamental de un paisaje urbano ideal.

Eran tales condiciones las que permitían imaginar y percibir un paisaje urbano próspero, es decir condiciones que permitían verificar el ideal plenamente. Ahora bien, esto no sucedía en el caso del Nuevo Reino de Granada, ya que para el viajero en aquel virreinato solamente podría hablarse de ciudades en los casos de Santafé, Popayán, Cartagena y la villa de Mompóx, pues

(...) aunque hay otras muchas como son Buga, Mariquita, Tunja, Pamplona, y sobre el río Magdalena, Tamalameque y Ocaña son unos monumentos que recuerdan la idea que se tuvo de poblar este reino tan fértil de oro como de cuanto es necesario para la vida humana.⁵²

Así, la ciudad no ideal o el mero intento de ciudad conservaba precarios recuerdos de su carácter monumental que no podían cumplir con la función de dicho carácter, pues relacionaban al observador con el pasado a la manera de una memoria de lo perdido, mas no de una memoria de lo que ha sido y siempre será, es decir de la continuidad y la estabilidad. En este caso, la ilusión monumental no generaba la percepción de prosperidad a presente y futuro, sino de prosperidad como un proyecto fallido del pasado, como el incumplimiento de un modelo. El recuerdo y la memoria hacen así parte de la imaginación del paisaje urbano en la experiencia viajera como una praxis social que permite tanto la identificación con el orden colonial pasado, presente y futuro, como la crítica del truncamiento de este orden en el tiempo.

CONCLUSIÓN

Al evaluar la experiencia viajera del siglo XVIII, el problema de la memoria como una praxis social anclada en procesos y marcos culturales diversos se hace evidente. Por un lado, resulta claro que la percepción de la naturaleza genera *lugares de memoria*, es decir, hitos geográficos y paisajísticos que constituyen una herencia simbólica para determinados grupos sociales y cuya importancia se revela en los relatos de su misticismo o en los relatos de la tragedia. El viajero religioso Santa Gertrudis se apropió de estos relatos orales para hacerlos insumos fundamentales de sus memorias de viaje. Sin embargo, los viajeros naturalistas como Santisteban y La Condamine,

verse David Lowenthal, *The past is a foreign country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

52. MLA, p. 138.

imbuidos por la fe en la razón, las prácticas cognoscitivas y las ideas fuerza de las prácticas de investigación naturalista, no hicieron caso de la memoria sobrenatural de estos relatos y convirtieron dichos emplazamientos en *lugares de memoria* para el naturalismo y la investigación experimental, cuya vía de circulación más importante fueron los textos escritos. La naturaleza de una altura nevada o el paisaje urbano son casos concretos de estas distintas percepciones y relatos de memoria, y en el caso de las ciudades es evidente el contraste de la realidad con un modelo ideal. Si bien este artículo ha dado cuenta de los componentes básicos de los problemas abordados, investigaciones más extensas y detalladas podrían mejorar nuestra comprensión de las relaciones entre la naturaleza, el paisaje y la memoria durante el siglo XVIII, evaluando los testimonios de otros naturalistas o misioneros y contrastando la época en que La Condamine, Santa Gertrudis o Santisteban viajaron por el Reino de Quito, con la época en que viajaron Caldas o Humboldt. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, en efecto, las semillas que se habían plantado en las décadas de 1730 y 1740 habían dado frutos excepcionales, y aquello que a mediados de siglo parecía novedoso y raro era más bien común a fines del período colonial: la naturaleza no era tanto un receptáculo de fuerzas espirituales como un interesante objeto de observación, análisis y transformación.

Fecha de recepción: 12 de julio 2006
Fecha de aceptación: 10 de octubre 2008

